

1

ESCENAS DE TERNURA

Primera escena

Un niño se sienta, coge un papel y escribe su carta a los Reyes Magos. Anota uno tras otro los juguetes que anhela, da sus razones para considerar prioritarios a algunos y suplica, por favor, a Sus Majestades que no tengan en cuenta su mal humor y las barbaridades que ha cometido a lo largo del año.

Nos enternece observar con qué dedicación escribe cada palabra, cómo dibuja los regalos deseados y la inocencia con la que cree que esa carta llegará a sus regios destinatarios. Más tarde, acompañado por sus padres, lleva la carta al mensajero real. La inocencia encerrada en ese sobre, la ingenuidad del gesto, nos enternece.

Llega finalmente la mágica noche de Reyes y se repiten rutinariamente los preparativos de cada año. Los turrone para sus majestades, la ventana

entreabierta para que puedan entrar y el cubo con agua para calmar la sed de los camellos. Una liturgia que se repite año tras año para que los pequeños vivan la noche más maravillosa que hay.

La escena inspira ternura.

Segunda escena

Una pareja ya mayor pasea por un parque. Se detienen a descansar en un banco. La tarde es espléndida, un rayo de sol les calienta la espalda. Se acarician las manos, se besan. No es un beso apasionado; es un simple contacto epidérmico, muy pudoroso, pero lleno de sentimiento.

El abuelo se levanta, saca de su bolsillo un envoltorio de papel con migas de pan y se las da a las palomas. De golpe y porrazo, una bandada de aves le rodea los pies. Después, vuelve a sentarse. Cae la tarde y el mundo se despide otra vez del sol. El anciano acaricia la espalda de ella y cubre sus hombros con un suéter. Empieza a refrescar. Finalmente, se levantan pausadamente. Él se queja del reuma; ella, de las varices. Se alejan poco a poco, mientras los niños hacen bulla en la arena. Es hora de cenar. El día se ha ido.

La escena inspira ternura.

Tercera escena

Juan está internado en un hospital psiquiátrico. Tiene una severa limitación síquica que lo convierte en una persona dependiente, incapaz de vivir autónomamente y tomar las riendas de su propia existencia. Pero Juan se ha enamorado y hace planes para el futuro. Los domingos, acompañado por sus monitores, sale a dar una vuelta por la población y tiene ocasión de ver a su amada, que se llama Carmen.

Ella no sabe, de hecho ni se lo imagina, que es la principal protagonista de los sueños de Juan, aunque él ya tiene planificado su futuro. Mientras lo explica con entusiasmo, el monitor escucha con ternura. Ha explicado la historia docenas de veces, pero no lo recuerda. El monitor sabe que ese futuro jamás se hará realidad, pero no quiere desilusionarlo. Sabe que esa chica nunca lo mirará, pero no quiere frustrarlo. Juan afirma que tiene novia y que muy pronto se casará. Se lo cuenta a todos sus visitantes.

El tiempo pasa, pero la ilusión permanece. Juan continúa creyendo que tiene un futuro diferente, alejado de la institución; una vida normal donde formará una familia y tendrá hijos.

Al escucharlo, la ternura se apodera de los corazones.

Hete aquí tres escenas de ternura. Situaciones distintas, ciertamente, pero inspiradoras de una experiencia común. Con la ternura pasa lo mismo que con el aire: que es indispensable para vivir, pero que sólo somos conscientes de ello cuando nos falta. Aparentemente no está ahí, porque es invisible, aunque podamos reconocerla.

La ternura podría definirse de entrada como un sentimiento, una experiencia del corazón, pero también como una fuerza que nos humaniza. Hay situaciones que inspiran ternura, pero también existen gestos preñados de ella. Es algo que puede emanar pasivamente de una situación, escena o cuadro, pero que, al mismo tiempo, se puede desplegar activamente desde alguien. Hay personas que en su manera de hablar, moverse y expresarse gestualmente irradian ternura; como existen individuos que, a causa de su debilidad, inocencia y candidez, inspiran ternura.

En la vida cotidiana, son múltiples las escenas de ternura. Pero no sólo en ella; en el arte, y de una manera especial en la pintura y escultura, la ter-

nura está claramente viva. Hay formas, volúmenes o temas pictóricos que nos despiertan esta experiencia. Todos tenemos nuestros propios referentes y nuestras prioridades. Cada uno sabe qué efecto tiene una obra de arte sobre su ánimo.

Un cuadro que inspira ternura al contemplarlo es la *Esperanza* (1903) de Gustav Klimt. En la parte central de la obra aparece de perfil una mujer embarazada, desnuda. Su cara denota perplejidad y apoya las manos en el vientre. Es blanca, fina y lleva una corona sobre su rizada melena. Cuando apareció, este cuadro provocó un verdadero escándalo porque nadie se había atrevido a pintar un desnudo de embarazada. La figura es la expresión de la debilidad pura, de una fragilidad que esconde en su interior el poder de una nueva vida abriéndose camino. En un segundo plano aparecen tres figuras femeninas que representan tres momentos de la vida. Está la madurez, la vejez con toda su decrepitud y la muerte, subrayada con una elocuente calavera.

El arte posee la enigmática capacidad de sintonizar con nuestras experiencias fundamentales, mostrándonos aquello que es más recóndito.

No sólo evoca la angustia, el miedo, la soledad, el abandono o la muerte, sino también la paz, el enamoramiento, la pasión y, claramente, la ternura.

La ternura no es una cosa ni un objeto. Evoca, más bien, un tipo de vínculo, una forma de lazo que nos une a los demás. Entre el cuidador y el internado se establece un vínculo de ternura, pero también entre los ancianos del parque y el espectador casual. El padre mira a su hijo la noche de Reyes y también experimenta ternura. Es un vínculo, pero también es un pellizco en el corazón.

En las relaciones humanas es algo fundamental, pero únicamente nos damos cuenta de ello cuando falta. Lo mismo ocurre con otros dones de la vida humana, como la amistad, la salud o la vida. Tomamos realmente conciencia de su valor cuando experimentamos su ausencia o bien su vulnerabilidad. La ternura, como la salud corporal, es frágil, pero es una experiencia que nos ennoblece y nos vuelve más humanos.

Resulta difícil imaginar un mundo sin ternura, un universo donde la palabra *ternura* estuviese definitivamente proscrita. A menudo nos obstinamos con expulsarla del mundo, en hacer caso omiso de

su presencia, en excluirla, pero, al hacerlo, demostramos ser inconscientes del error que cometemos.

Fiodor Dostoievski afirma poéticamente que la belleza salvará al mundo. Es bien cierto que, en algunas ocasiones, lo que hace que la vida merezca ser vivida es la belleza, pero la belleza sin bondad es vacía, carece de sustancia, es pura representación. Belleza y bondad son lo mismo, como ética y estética forman una unidad. La belleza salva al mundo de la derrota y de la decadencia de la lucha. Nos abre de nuevo la posibilidad de confiar en el ser humano y de encarar el futuro con optimismo.

Cuando vemos un gesto bondadoso, cuando saboreamos la belleza de un rostro, una obra de arte, un acto benévolo, sentimos otra vez el deseo de vivir, en tanto que cuando todo lo que nos rodea no es sino fealdad y crueldad, experimentamos el desencanto, las ganas de morir y de darnos de baja de este maldito mundo. La inocencia despierta la ternura, y la ternura nos hace confiar en el mundo y en los seres humanos que en él moran.

Lo único que salva a los vínculos humanos de la lógica del interés es la chispa de ternura que somos capaces de experimentar a través de ellos.

Si el motivo que nos une al otro es el mero utilitarismo o el simple placer, si lo que nos acerca a los demás es solamente la búsqueda de un egoísta beneficio personal, el vínculo desconoce la inocencia, la transparencia y la generosidad. En términos humanos, lo que convierte en valioso a un vínculo es precisamente el acto de entregarse al otro, de librarse a él sin esperar nada a cambio. Cuando dos personas se hacen donación mutua de sí mismas, sin trampas, cartas en la manga y subterfugios, la ternura se encarna en el mundo. Al experimentar un lazo de esta naturaleza, la ternura en él nos empuja a seguir viviendo.